

Jerónimo Lagos Lisboa

José Martí (*)



El espíritu de José Martí resplandece con relieves personalísimos entre los libertadores de América. Ninguno como él ahondó tan patéticamente en el sentir de su pueblo ni proyectó dentro y fuera de él tan vivas y trascendentes irradiaciones.

Escritor y poeta, filósofo y orador, destaca en cada una de estas facultades el vigor de un cerebro ple-tórico de ideas constructivas y las luces de un alma forjada para la redención.

(*) Discurso del poeta Jerónimo Lagos Lisboa, presidente del Instituto Chileno-Cubano, leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile en la velada que se celebró en su homenaje.

Nota.—Martí, figura prócer de América, ha sido recordado en la fecha de su centenario, como expresión generosa y sublime de lo que los altos ideales humanos pueden alcanzar. Atenca, en estas páginas, rinde su homenaje al insigne cubano que representa una de las expresiones más elevadas del pensamiento americano.

Emancipador de su patria, sirve a Cuba con todos los dones de su espíritu. Agita y proclama en los principales diarios de América la urgencia de su liberación. Con palabra grávida de fuerzas esenciales, conmueve a las multitudes y anima las conciencias reacias a la entereza de la personalidad.

Ciudadano, no interfiere, pero inspira y vigila permanentemente la disposición de la contienda que conmueve al país. Avisor e integérrimo, rechaza —inflexible— toda gestión que mutile la libertad.

Planeando, pues, en zonas superiores —cara al sol y al viento incontaminado de personalismos o desig-nios sospechosos—, capta, penetrante, la realidad ambiente. Estudia el mecanismo revolucionario, coadyu-vando a sus rectificaciones; ordena las posibilidades concordes con el imperativo de liberación e infunde a todo el movimiento renovador el ímpetu vivificante de sus potencias creadoras.

Bien poseído del mandato irrenunciable de sus res-ponsabilidades ciudadanas, pelea espiritualmente la dignificación de la Patria ante ocasionales desavenen-cias intestinas, e imprime en forma severa pero deci-siva una vitalidad invencible a la acción revolu-cionaria. La ponderación de sus opiniones, sus atisbos cla-rividentes, el calor comunicativo de su palabra, empu-jan y fervorizan brazos y espíritus e influyen substan-cialmente en las decisiones superiores o en la mejor conducción de las operaciones bélicas.

Su verbo, tan rico de recursos sólidos y cautiva-

dores, esclarece y unifica, apaga resquemores y controversias. Es fuerza sustentadora en las ásperas jornadas de la guerra y es también flúido cálido que trasciende y se espacia concitando voluntades y abnegaciones. De ese verbo, emerge Cuba como una herida de América, que palpita y que duele continentalmente. Dolor suscitante de la adhesión fraterna y de la ofrenda emocionada.

Energía indomable, Martí no descansa: vive para servir a su país poniendo en ello sus mejores atributos. Ajeno a todo interés personal, sólo una ambición domina su ser: la pronta liberación de la Isla bienamada.

En estrecho contacto con los organismos directivos de la guerra, reside algun tiempo en Nueva York y actúa dinámicamente en favor de los intereses de la Patria. Y va a México, a Guatemala, a Venezuela y otros países en misión de propaganda y de adhesiones a la causa de Cuba. Es el ala encendida que pasa inflamando mentes y corazones para el advenimiento de una América nuestra en totalidad.

Creada, al fin, como conciencia nacional y continental la necesidad imperiosa de independizar a Cuba; concebida ya en principio la conformación política subsiguiente ¿tentó, acaso, a Martí la belleza trágica o la generosidad máxima de insuflar su propio espíritu al espíritu atormentado de la Patria? Le había dado ya la flor de su juventud, la médula de sus talentos... ¿Por qué, pese a su vida en plenitud, no ofrecerla

también su muerte? Acaso ella pudiera ser otra fuerza más intensa, más eficaz, más provechosa ya que su propia vida para la consecución de la finalidad aún no lograda...

“La sangre es espíritu”, decía el filósofo. Filósofo él mismo, intuía la realidad del aforismo. “Para mí, ya es hora”, había escrito poco antes de caer inmolido en la jornada de Dos Ríos.

“¡Para mí ya es hora!” Debió entender que, realizada su obra, y ya en germinación sus ideas de sembrador y de apóstol, debería rubricarlas con el sacrificio para la fructificación perfecta.

No se equivocaba, acaso: simientes tan extraordinarias y de raíces tan profundas, necesitan riego de espíritu, riego de sangre...

Muerto Martí, su aliento, redivivo, prosiguió actuando con secreto pero incontrastable vigor. Ya nadie podía dudar de que la hora de la plenitud se acercaba inexorablemente.

Y que no lo olvidemos: la sangre de Martí, caliente todavía desde el combate de Dos Ríos, sigue y seguirá vigente como signo revelador en los destinos de América.

El Instituto Chileno-Cubano de Cultura, que me honro en presidir, rinde a José Martí, libertador egregio, espíritu genial, poeta puro, su homenaje conmovido en este primer centenario de su nacimiento.